

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

LEEDME



RIMON SOBENA - EDITOR

PROVENZA-93-97-BARCELONA

8 21 4



00074294

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MÁS FOLCH

Barcelona, 15 de Junio de 1917
Imprimase.

EL VICARIO GENERAL
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.
Lic. Salvador Carreras, pbro.
SCRIO CANC.

Handwritten mark

Handwritten mark

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

LEEDME



ILUSTRADO
CON VARIOS GRABADOS EN NEGRO,
Y OCHO TRICROMIAS

EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.
Provenza, 95.—BARCELONA

1933

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Published in Spain

Derechos reservados.



El día es muy frío; la nieve cubre el suelo, como una sábana de nítida blancura, y, en torno al padre que los contempla consternado, gimen unos niños de hambre. De pronto, el cazador, que no puede ver impasible la desolación de su triste hogar, empuña sus armas y, encomendándose a Dios, sale al campo, donde no tarda en encontrar un alce. El animal es fuerte, pero el hombre confía en la Providencia y vence al bruto, dándole muerte con su cuchillo de caza. El cazador regresa contento a su hogar, porque lleva alimento para sus hijos, ¡qué no hay sacrificio ni esfuerzo que un padre no esté dispuesto a realizar para que sus pequeñuelos no sufran!



LA REINA DE LAS FLORES

—¿Sabes que Alicia la Cojita va a ser la Reina de las Flores en la fiesta del pueblo que comienza mañana?—dice Ursula a Clara.

Alicia la Cojita oye por casualidad esta noticia y se sonroja. ¿Cómo puede ser ella elegida Reina, siendo, como es, fea, coja, corcovada y por añadidura muy pobre? La niña protesta y con toda sinceridad expone que tal honor corresponde mejor a Clara, que es bellísima y virtuosa. Clara, por su parte, protesta también y de ningún modo quiere arrebatar a su amiguita el premio a que es acreedora por su modestia, por su dulzura, bondad y resignación.

Afortunadamente puede resolverse con facilidad el pleito, porque, siguiendo la costumbre establecida, a la salida de la escuela se reúnen todas las niñas del pueblo y, haciendo uso del derecho de sufragio, ellas mismas eligen la Reina de las Flores.

Ursula propone que sean elegidas Alicia o Clara y, con un grito estruendoso, por aclamación unánime, se nombra Reina a la Cojita.

Clara entonces se adelanta y, dando un beso y un abrazo a la elegida, dice con voz firme y segura, que oyen todas las niñas:

—Es la elección hecha por Dios, porque a Dios le gustan las flores más fragantes, las que tienen la fragancia de la virtud.

CÓMO CONOCIMOS AL ARABE

Como de costumbre, aquella tarde paseábamos mi mamá y yo por la desierta playa de la Caleta buscando mariscos y piedras de colores, mientras Pepito jugaba entre las rocas con su elefante de cartón que le habían regalado los Reyes.

Cuando más distraídos nos hallábamos, oímos un fuerte golpe y un grito desgarrador que parecía venir de lo alto del acantilado.

Nos dirigimos presurosos al pie de los cantiles y vimos al *Arabe*, un muchacho de nuestro vecindario, al que llamaban así por las infinitas fechorías de que hacía víctimas a los niños.

El *Arabe* había caído de lo alto de una viscosa roca y yacía inmóvil sobre la arena, tendido cuan largo era.

—¿Qué vamos a hacer, mamá?—la dije mientras corríamos hacia Pepito, cerca del cual yacía el cuerpo del *Arabe*.

—¡Oh! No lo preguntes... Socorrer a ese desgraciado.

—Pero... ¿y si luego nos maltrata como a otros niños?

—Ese muchacho—contestó mi mamá—es un ser humano como nosotros y debemos prestarle socorro.

Mi mamá intentó inútilmente incorporar al *Arabe*, pues no tenía fuerzas suficientes para conseguirlo.

—¿Ha muerto?—pregunté yo.

—No, pero si tardamos mucho en prestarle auxilio, morirá. Es preciso que corramos a buscar a nuestro jardinero y al portero.

Pepito no quiso de ningún modo acompañarnos, obstinándose en que también era necesario cuidar del desgraciado mientras llegaba el socorro. Y allí quedó solo, valiente, montado en su elefante de cartón, rígido como un centinela. Cuando regresamos con el jardinero y el portero, todavía continuaba inmóvil el cuerpo del *Arabe* y no menos inmóvil Pepito que, con toda gravedad, había hecho fielmente la guardia, cumpliendo sus deberes como un buen soldado.

Improvisamos unas parihuelas y condujimos al *Arabe* a nuestra casa. Por fortuna, las heridas que se ocasionó en la caída no revestían mucha gravedad, y en pocos días estuvo curado.

Desde entonces cambiaron los fieros instintos de aquel muchacho y se convirtió en el mejor y más cariñoso de nuestros amigos.

Pepito, sobre todo, que miraba al *Arabe* como un ser extraordinario, le decía con la insistencia de un martilleo incesante:

—¿Sabes, *Jefe Arabe*? Yo te di guardia en la Caleta, montado en mi elefante.

CIRILO EL DESOBEDIENTE

Cuando ustedes quieran saber por qué un coscorrón vale más que cien sermones, vayan a preguntárselo a Cirilo. Pero... no, acaso no haya cerca de ustedes ningún Cirilo, y, por tanto, vale más que yo les diga en letras de molde lo que sucedió a aquel muchacho.

El sermón que doña Ursula propinó a Cirilo para que éste no saliese del jardín en tanto ella volvía de ciertas compras, fué de aquellos que merecen ocupar las páginas de un libro. Pero los oídos de Cirilo andaban muy flojos de muelles y se comunicaban por una galería intercerebral para hacer bueno aquello que dicen los des preocupados cuando no les agrada lo que oyen: «Por un oído entra y por el otro sale.»

Eso de la salida era lo que verdaderamente intrigaba al travieso de Cirilo. El sermón había salido ya de su cabeza en el mismo instante en que doña Ursula ponía los pies en la calle. Sin embargo, el muchacho quiso vencerse a sí mismo y aun tuvo la virtud de jugar hora y media con los patos, las gallinas, los peces de colores y las mariposas; pero acabó por aburrirse en espera tan larga y se dijo que bien podía salir a escudriñar la calle para ver antes el regreso de su tía. Pero lo que vió a poco de poner los pies fuera del jardín, fué un fogoso caballo que venía desbocado, arrastrando un elegante cochecito dentro del cual una señora daba grandes gritos y hacía grandes esfuerzos para domeñar al bruto. Pero éste era bruto de veras, y, después de encabritarse, lanzóse veloz sobre Cirilo, atropellándole con verdadera brutalidad.

Fué un milagro que las ruedas no pasaran por el cuerpo de Cirilo; pero éste tuvo para rascarse un mes, pues, además de cuatro grandes chichones en la cabeza, adornaron su cuerpo tres docenas de magulladuras a cuál más respetable. Durante el mes de las rascaduras, Cirilo pensó muchas veces que la experiencia enseña a ser obedientes y que, a los niños principalmente, conviene arreglar los oídos cerrando la galería intercerebral para que los sermones no se escapen y den los frutos que desea el sermoneador.

LA SORPRESA DE ANTOÑITA

—¿A qué viene aquí la tía Leonor? ¿Qué se le ha perdido en nuestra casa?—preguntó Antoñita.

—Tu tía Leonor viene sencillamente porque necesito verla, porque es mi hermana—contestó la mamá.

La niña, excesivamente celosa, hizo un gesto de disgusto.

—¡Yo no quiero que venga la tía! ¡No quiero verla! — gritó Antoñita enfurecida cuando supo que su tía Leonor llegaría de un momento a otro.

Su mamá trató en vano de convencerla. El furor de la niña arrebataba más cuanto más se la exponían razones para calmarla. Dos días después de esta escena, llegó la tía Leonor. Lo primero que hizo fué preguntar por Antoñita, que se ocultaba detrás de su mamá.

—¿Es ésta mi sobrinita? — preguntó Leonor al percibirla detrás de la mamá.

La niña corrió a ocultarse detrás de un sillón, tapándose la cara con las manos.

—¿No conoces ya a tu tía? — preguntó dulcemente Leonor—. No lo extraño. ¡Eras tan pequeñita la última vez que te vi!

Antoñita la miró entonces a hurtadillas y quedó asombrada viendo a una señorita joven, muy hermosa y muy buena, no acertando a comprender que aquella pensionista fuese su tía.

Un poco impresionada después de este examen, no vaciló ya en acercarse a su tía cuando ésta le dijo sonriendo cariñosamente:

—¿Quieres ayudarme a abrir la maleta? Me parece que encontraremos algunos bombones de chocolate.

Cuando Leonor abrió su maleta y aparecieron a los ojos de Antoñita preciosos juguetes y tentadoras golosinas, el entusiasmo de la niña se desbordó, la lengua se desató en un torrente de palabras, y al huraño gesto sucedió una encantadora sonrisa.

A la hora de acostarse, Antoñita se obstinó en que desde aquella noche había de dormir siempre con su tía Leonor. La hermosa joven consintió al punto en ello y, ya en la cama, colocó Antoñita sus brazos en el cuello de su tía y la dijo besándola con verdadero gozo:

—Perdóname, querida tía, yo estaba equivocada. No te quería antes de que vinieses, pero ahora te quiero mucho, mucho. Yo creía que venías a robarme el cariño de mi mamá y has venido a quererme también.

Antoñita se durmió murmurando: «Perdóname, tía.»

LA CABRITA «PERLA»

Como guapos, sí que lo son, y de veras, estos dos hermanitos que presento a ustedes: Juanicote, el mayor, y Jesusín, el más pequeño. Los presento, pues, en calidad de guapos, y no me atrevo a exhibirlos en calidad de... ¡qué demontre!, voy a exhibirlos como son: Juanicote tiene una cabezota, y un corpachón, y unos puños que... ¡ya, ya! Jesusín no le va en zaga a su hermano en eso de la robustez, como que es todo un hombrecito de cuatro años, fuerte como un roble, robusto como una encina, erguido como un pino, rubio como una moneda de oro, y con una cara de rabetas y de mal genio... Basta que se fijen ustedes en la hermosa estampa para que se convengan de que Jesusín es de aquellos niños que dicen «no quiero» llorando a moco tendido, con la estridencia de un clarinete en *si* sostenido y bailando un zapateado que hace retemblar la tierra.

Al papá de estos niños le metieron un miedo cervical diciéndole que si los tenía en la ciudad se criarían desmirriados, entecos, flacuchos, y aun podrían morir tísicos. Y el buen hombre, preocupado, se rascaba la cabeza buscando un remedio a los males que podrían aquejar a sus lindos vástagos, hasta que un día, rascándose tal vez más fuerte, se le ocurrió esta gran idea:

—¡Zambomba! ¡Me los llevo al campo, aunque se críen como unos barbarotes! Allí triscarán como las cabras, correrán como los gamos, y al cabo de un año tendrán más fuerza que un buey.

No lo pensó mucho. Por ferrocarril se los llevó a cincuenta leguas de la ciudad, y lo primero que hizo en la aldea fué comprarles una lindísima cabrita, la *Perla*, según la había bautizado el cabrero.

Lo que Juanicote, Jesusín y la cabra corrieron, trotaron y galoparon en el campo sólo pueden saberlo Dios y las piernas de nuestros héroes. Cansados de recibir a chorros el sol de julio, de gritar, reír, correr y saltar, regresaron a su quinta a las cinco de la tarde, hora que no pareció a la cabrita *Perla* muy oportuna para encerrarse en su garitón. Y empezó la lucha inevitable. Juanicote tiraba del collar de la cabrita; ésta protestaba y decía que nones afirmándose con fuerza en sus patas traseras; Jesusín, con su lengua de trapo y con una ramita, reforzaba los argumentos de palabra y obra. *Perla*, por fin, se incomodó y, sacudiendo un topetazo a Jesusín, se desasió, corrió a la puerta de la empalizada y gritó: «Eh, amigos; si queréis que juguemos juntos, respetad los principios de libertad de una cabra suelta.»

DONDE LAS DAN, LAS TOMAN

A Tomasillo, el hijo del herrador, le ocurrió cierta mañana la idea de que, siendo el tiempo tan espléndido, sería muy conveniente dirigir sus pasos hacia un frondoso bosquecillo de castaños, precisamente en la dirección opuesta al camino de la escuela, que era el que debía seguir.

No tardó en hallarse en el bosque, deteniéndose junto a un magnífico castaño de grueso tronco, altas ramas y espesa copa, en la que el buho descansaba, después de la noche pasada en continuas rapiñas. El grueso tronco y las altas ramas hacían del árbol una fortaleza inexpugnable e inaccesible; pero Tomasillo, aguerrido general para el ataque de los árboles frutales, acudió al socorrido procedimiento de la piedra, método de recolección que emplean todos los muchachos traviesos del mundo.

Tomó posiciones e inició el ataque lanzando piedras con la fuerza de un ariete. Pero sí, las castañas resistían el bombardeo valientemente y ni una siquiera abandonó su puesto. No era Tomasillo de los que acostumbran marcharse de vacío cuando atacan un frutal; enardecióse más y arreció la lluvia de proyectiles. Entonces surgió de la espesura una voz potente y colérica:

—¿Quién es el atrevido que apedrea con tal furia mis árboles?

Al mismo tiempo apareció el propietario del castañar, el de la voz colérica, y lanzándose de un salto sobre Tomasillo le hizo su prisionero, sujetándole con fuerza por un brazo.

—¡Ah, tunante! — exclamó furioso—. Ya te enseñaré a no molestar más a un caballero que lee tranquilamente a la sombra de sus castaños.

Fué inútil que Tomasillo protestara y se excusase alegando que había atacado a las castañas y no al pacífico lector. A estas excusas respondía el propietario de los castaños sacudiendo fuertemente al muchacho, injuriándole e intercalando en el descompuesto zarandeo algunos mojicones que dejaron a Tomasillo hecho una lástima.

Calmando un tanto el iracundo propietario, aflojó los dedos que oprimían como tenazas las muñecas de Tomasillo y dijo a éste:

—Ahora que ya tienes tu merecido te soltaré, pero a condición de que me digas antes cuál es el camino que conduce al *Puente del Diablo* y a qué distancia se halla. Pero ¡jojo con engañarme, porque entonces te acordarás de mí!

En los labios del muchacho se dibujó una irónica sonrisa y contestó:

—Sí, señor.

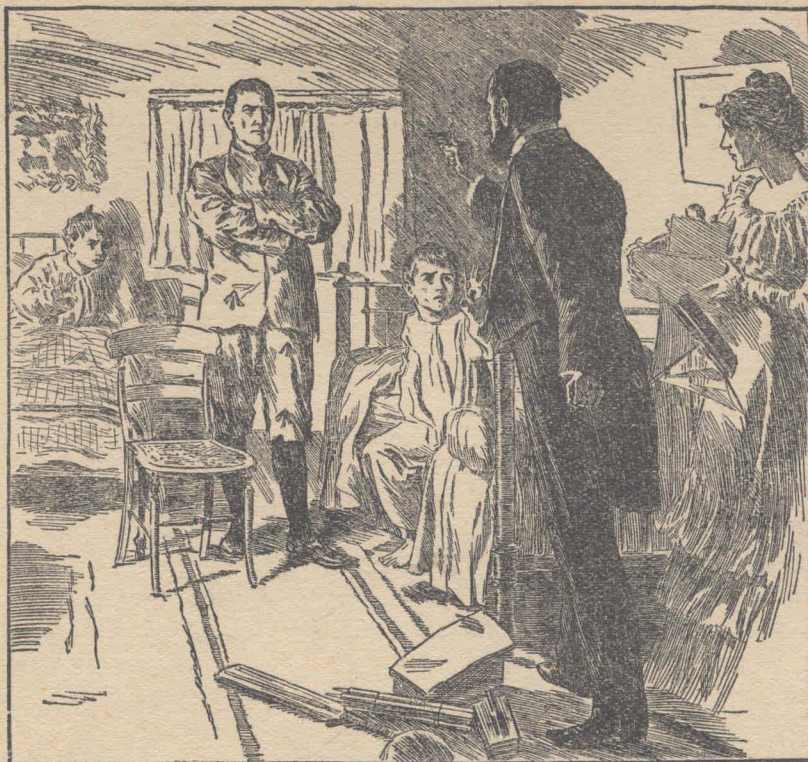
—Pero, ¿me dirás, sí o no, cuál es el camino y cuánto dista el Puente? — insistió el caballero montando otra vez en cólera.

—Sí, señor — repitió Tomasillo—. Tres leguas, tomando el sendero de la derecha.

En cuanto el propietario soltó el brazo de Tomasillo, éste se apresuró a poner una distancia respetable entre su agresor y él. Y cuando volvió la cabeza vió al caballero que se alejaba por el camino indicado, a grandes pasos. Entonces, riéndose muy a gusto, exclamó:

—Donde las dan, las toman. Por ese camino llegarás al *Puente del Diablo* el día del juicio por la tarde.





¡NO DISPARES, PAPA!

No se llevaba muy bien la servidumbre del noble caballero don Edmundo Viana, el cual no pudo notar que entre los criados, y muy particularmente entre el cochero y el mozo de cuadra, existía una sorda y terrible lucha que un día u otro habría de producir una catástrofe. Cochero y mozo de cuadra eran viejos en la casa. El primero sabía ocultar muy bien su carácter soez, autoritario y violento, bajo una máscara de humildad estudiada y con su palabra melosa y meliflua. El mozo de cuadra, por el contrario, ofrecía una apariencia de rudeza y hasta de seriedad antipática que contrastaba grandemente con la sencillez de su corazón. Lucas, el cochero, llevaba doce años de servicio en la casa, y Daniel, el mozo de cuadra, diez.

Los hijos de don Edmundo sentían inclinarse su afecto más al mozo que al cochero. Con la maravillosa intuición característica de los niños de sentimientos muy elevados, los hijos del noble caballero presentían que el mozo era bueno y el cochero malo.

La catástrofe se produjo. Un día el cochero Lucas se presentó a don Edmundo con el espanto retratado en el semblante. De los cuatro caballos de la cuadra, dos habían muerto, al parecer, envenenados. El tenía sospechas muy vehementes de que el mozo Daniel era el autor de aquella canallada. Por su parte, abandonaba la casa; no quería seguir un día más, expuesto a que le hiriese de cerca otra catástrofe, otro crimen.

Don Edmundo no concibió la menor sospecha de Lucas ni pudo alcanzar de Daniel la confesión de que era éste el autor del delito. El pobre mozo no se explicaba cómo pudo ocurrir aquello y se limitó a protestar de su inocencia una sola vez, pero con tal firmeza y sequedad que don Edmundo frunció el ceño, despertándose en él la desconfianza. Bondadoso en extremo, no quiso hacer intervenir al Juzgado en el asunto y se limitó a despedir a Daniel y aceptar la despedida de Lucas. Una hora después, éste habíase ya marchado; el mozo de cuadra permaneció hasta la noche taciturno y sombrío arreglando las cuentas de la caballeriza para entregarlas a su amo, lo que hizo a las nueve de la noche.

Salió de la presencia de don Edmundo con paso indeciso, pero en vez de bajar a su pabellón se deslizó sigilosamente por el corredor y penetró en el cuarto de los dos niños, que acababan de acostarse. Bajo su apariencia dura y áspera, Daniel encerraba un corazón tierno; había visto nacer a los dos hermanos, y por nada del mundo quería marcharse sin abrazarles. Al verle, los hijos de don Edmundo no se alarmaron. Daniel tomó una silla y, bañado el rostro en lágrimas, les manifestó que era inocente y que sólo sentía marcharse perdiendo su afecto. Entretanto, una de las criadas, que vio a Daniel penetrar en el cuarto de los niños, corrió a avisar a don Edmundo, el cual, sospechando que Daniel abrigara siniestras intenciones, se apoderó de un arma y penetró precipitadamente en la habitación de sus hijos, seguido de su esposa, y apuntó con el revólver al pecho de Daniel. Los niños, aterrorizados, gritaron:

—No dispaes, papá; Daniel es nuestro amigo, es inocente; mira sus lágrimas.

Daniel quedó en la casa. Dos meses después se halló en la caja de uno de los coches una levita de Lucas, en uno de cuyos bolsillos se encontró una papeleta de polvos de arsénico. El había envenenado los caballos.

PREMIO A LA BONDAD

Era Luisita una niña muy pobre, modelo de obediencia.

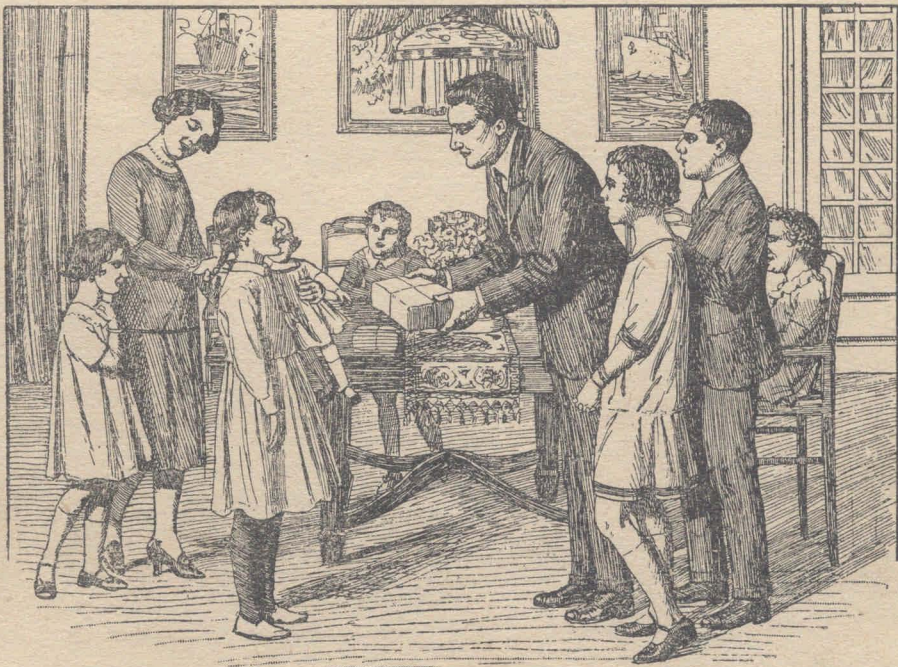
—Cuida del niño mientras hago la comida — le dijo su mamá.

La obediente niña tomó en brazos al hermanito y durante más de una hora permaneció en el umbral de la puerta de su casa canturreando suavemente hasta dejarlo dormido.

El médico del pueblo, que pasaba por la calle, la observó con atención mucho rato, admirando aquella paciencia inagotable y aquella bondad sin límites de la niña, indiferente al regocijo de los demás niños que corrían de un lado a otro preparando el árbol de Navidad.

Llegada la noche, disponíanse Luisita y su mamá a dar cuenta de una frugalísima cena; pero no se habían sentado a la mesa cuando recibieron un aviso del médico, que suplicaba a Luisita fuese a la casa del galeno. Una vez en ésta, la niña quedó deslumbrada a la vista de los espléndidos regalos que le hacía el médico, el cual dirigióse a sus cinco hijos diciéndoles:

—Aprended de Luisita a ser dulces, bondadosos y resignados.



LAS EXCUSAS DE ALFREDO

Son las ocho de la mañana, hora en que, como de costumbre, la campana de la escuela llama a los pequeños colegiales para que den comienzo las clases. Pero Alfredo sigue sus juegos, correteando por las arenadas calles del jardín. Al dar el tercer toque la campana, yergue un instante Alfredo la cabeza, se queda pensativo unos segundos, se encoge de hombros y sigue más afanoso su juego.

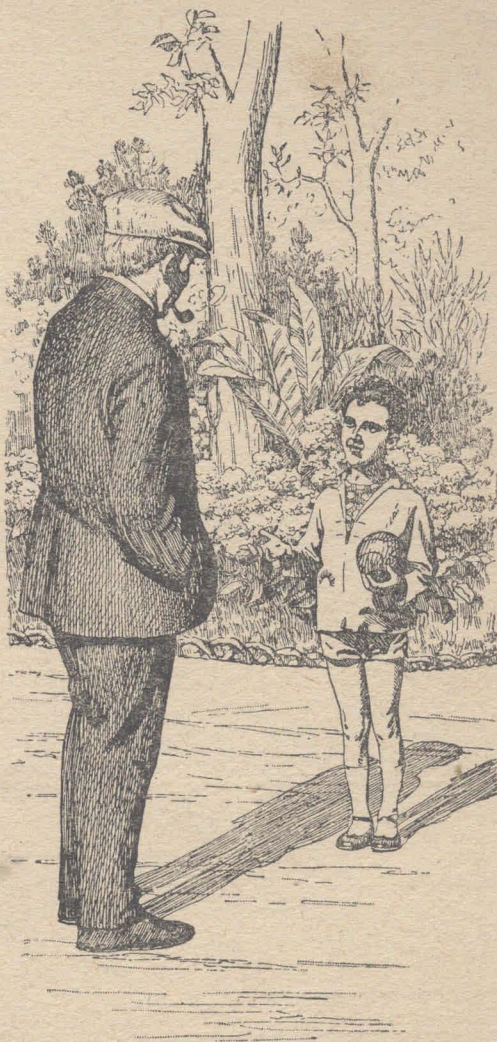
Desde una ventana de la quinta le observaba su tío Santiago, esperando que Alfredo vaya a darle el acostumbrado beso de despedida. Pero el niño corre, chilla, salta y no parece decidido a dejar las risueñas calles del jardín. Entonces baja su tío y le pregunta si ha oído la campana.

—Sí, querido tío, pero he sentido unos mareos...

—¡Hola! ¿Mareos, eh? Pues si has de ser marino, prepárate a vencerlos.

—Es verdad, querido tío; pero he pensado muchas veces que, si yo fuese marino, usted se quedaría solo y triste. Por lo tanto, no seré marino, le cuidaré y le querré mucho, y así podré jugar en el jardín.

—Vaya, zalamero — contestó el tío —, buena excusa es el mareo para no ir a la escuela y no es mala excusa tu cariño y mi soledad para que no seas marino; pero piensa que todo niño que se excusa de trabajar, corre peligro de ser luego un gran holgazán a quien no querrán las gentes. Ahora... dame un beso, juega y espera que la campana de la escuela te llame por la tarde.





DOS CARTAS

Amparito y Mariquita eran dos niñas muy traviesas a las que sus papás enviaron a casa de la tía Berta, a un pueblecillo situado en lo más agreste y pintoresco de la sierra. Además de malas y traviesas, eran embusteras. Si no, dígalo la siguiente carta, modelo de refinada hipocresía, impropia en niñas bien educadas:

«Querida mamá: El tiempo es espléndido, estamos bien y nos divertimos mucho. Nos hemos hecho amigas del señor Francisco, un héroe al que debe-

mos no habernos extraviado en la sierra el otro día. Ha salvado a mucha gente. Ayer mismo evitó que cayese al precipicio un caballero a quien arremetió por la espalda un furioso animal. Verdaderamente, el señor Francisco es un héroe y sólo por verle quisiéramos venir todos los años. Su hija que le quiere,—*Mariquita*.

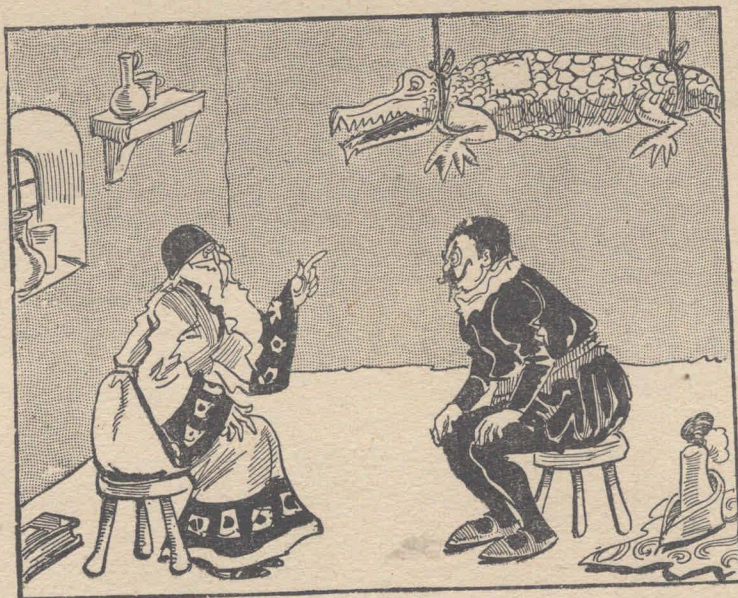
»Postdata. — La tía Berta está muy preocupada. No sé lo que tiene.»

No tuvo que pensar la mamá de las niñas mucho tiempo en las causas de la preocupación de su hermana Berta, porque al día siguiente recibió esta desconsoladora carta:

«Querida hermana: Nos hallaríamos muy bien en este delicioso lugar si no fuese por las travesuras de Mariquita, la cual hace todo lo posible por disgustarme, y tanto hace que me he visto obligada a tomar a mi servicio un guía que sirva de ayo a tus hijas. Es un buen hombre, paciente y bondadoso, un héroe que ha salvado a mucha gente en estas montañas. La última persona que ha salvado es un caballero que hallándose anteayer contemplando un hermoso paisaje al borde de un precipicio se vió atacado por una cabra furiosa a la que habían azuzado Amparo y María. El caballero se salvó milagrosamente. Esto me ha disgustado tanto que he decidido sea esta la última vez que vengan conmigo tus dos hijas, no porque no las quiera, sino porque temo pueda ocurrir algún día una catástrofe como la que providencialmente se ha evitado. Tu hermana que te quiere siempre,—Berta.»

«Eh? ¿Qué les parece a ustedes? A nosotros nos parece que Amparito y Mariquita son de la piel del diablo, y que, si no se corrigen, hará con ellas todo el mundo lo que su tía Berta. No confundan ustedes nunca la maldad con la travesura.»





LA BUENAVENTURA

En un castillo ruinoso y abandonado, cuyo castellano fué colgado por rebeldía contra su rey en la más alta de las almenas, estableció su nido el brujo Siete Ojos, un tercio de astrónomo, un tercio de alquimista y otro tercio de adivino, cuyos tercios dan en total un ladino redomado que, a costa de los ignorantes, labraba su fortuna en buenas monedas de oro.

Las gentes de cien leguas a la redonda visitaban a Siete Ojos en casos graves, esperando encontrar una noticia del obscuro porvenir, un filtro para enloquecer, un hierbajo para matar o sanar y a veces un consejo para reventar al prójimo con mayor seguridad y menos peligro.

Entre los infinitos necios que acudieron al arruinado castillo con la pretensión de descorrer el velo del porvenir para saber por anticipado lo que el destino podía reservarles, contábase el renombrado Caballero de las Lanzas, gordo, ventrudo, con grotesca facha de alguacil y tan supersticioso como ignorante.

—¿Conque usted desea saber cómo llegará su futura grandeza?— le preguntó Siete Ojos, recibiendo contestación afirmativa.

El brujo tomó una varita, se acercó a la ventana, miró al espacio atentamente, trazó una infinidad de enrevesadas figuras en el aire y, volviéndose al caballero, le dijo con acento profético y majestuoso:

—Será usted muy poco afortunado. Por de pronto, le anuncio que en breve, muy en breve, va a recibir usted un terrible golpe.

No bien acabó de pronunciar Siete Ojos estas palabras, cuando se oyó un fuerte crujido y cayó sobre el gordo caballero la enorme masa de un gran cocodrilo disecado que pendía del techo de la estancia, y cuyas ligaduras, comidas por la humedad y la carcoma, acababan de romperse en aquel preciso momento, con gran regocijo del mago, que, riéndose por dentro, dijo con tono compungido al caballero:

—Ya le predije, señor, que comenzaría usted por recibir un gran golpe.

Pero el caballero, magullado y furioso, exclamó:

—No prosiga usted, ilustre Siete Ojos; si los golpes que el destino me prepara empiezan así, prefiero no saberlos y que me encuentren desprevenido.

Y dejando una bolsa de monedas, según costumbre de la época, huyó como alma que lleva el diablo, mientras Siete Ojos reía hasta reventar.



LA CARITATIVA JULIA

Julia es tan hermosa como buena ; entre sus más bellos sentimientos resplandece el de la caridad. Mensualmente hace una recogida de los juguetes que ella considera ya inútiles y, acompañada de su institutriz, recorre las calles más miserables de la ciudad penetrando en las casas de más triste aspecto para dejar allí sus muñecas y juguetes.

En la última de sus visitas ocurrió que, al penetrar en una casa a cuya puerta se hallaban varios niños desharrapados y famélicos, un caballero la detuvo para decirle :

—Niña, es una imprudencia introducirse en estas casas infestadas por el tifus.

La institutriz que acompaña a Julia se asusta, pero la niña, con gran firmeza, insiste en que los juguetes se repartirán y, después de hacerlo así, toma cariñosa la mano de su institutriz, la besa, la pide perdón y la conmina a que vuelvan al día siguiente a repartir ropas y dinero.

—¿No te parece una burla cruel que se dé juguetes a los niños que necesitan pan, ropa y medicinas?

Los papás de Julia se conmueven al saber la conducta de su hija e impiden que ésta vuelva a las casas infestadas, pero en nombre de su hija envían al siguiente día socorros abundantísimos a las tristes viviendas visitadas, en donde todos los corazones rinden culto de gratitud a la caritativa niña.

EL ACCIDENTE

El día en que Enrique cumplió la edad de diez años, su papá le regaló una preciosa jaquita, dando al viejo cochero de la casa el encargo de hacer del niño un hábil jinete. Este encargo resultaba poco menos que inútil. ¡Era poco listo el revoltosillo de Enrique! Al mes justo y cabal el niño montaba con todas las reglas del arte, y no había en todo el condado figura más gallarda que la suya cuando se disponía a dar cincuenta vueltas por la pista del picadero.

La primera salida de Enrique fué un acontecimiento. Toda la servidumbre del castillo acudió a presenciar la prueba definitiva del señorito, demostrando su regocijo con hurras y palmadas. El viejo cochero, sin embargo, no quiso aventurar el éxito de la prueba y, prudente como anciano, llevó la jaquilla sujeta con una larga cuerda.

El éxito fué tan completo, que, desde el día siguiente, el niño cabalgó junto a su papá en los largos paseos matinales que daba éste a través de las posesiones de su condado.

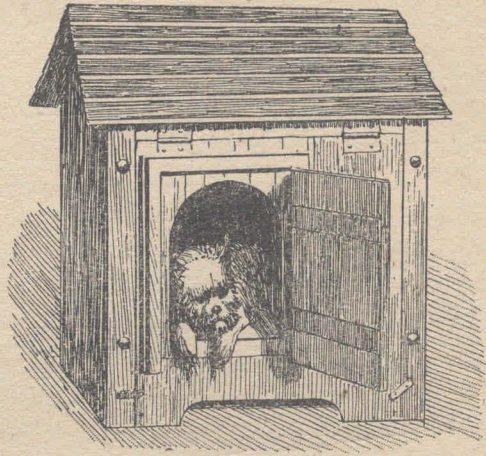
Por aquel tiempo apenas había ferrocarriles, pues comenzaban a construirse las primeras líneas. Así, pues, las carreteras se veían animadas por el paso continuado de coches y diligencias.

Un día Enrique y su papá vieron a larga distancia la carretera obstruída por un coche tumbado. Corrieron allá veloces y se hallaron en presencia de un triste accidente, de aquellos que tan frecuentes eran antes de la construcción de los ferrocarriles. Un anciano gemía dolorosamente caído en tierra y cubierto de polvo; dos jóvenes señoritas, lesionadas en diferentes partes del cuerpo, prestaban sus auxilios a su abuelito; el coche, roto el eje del juego de ruedas delanteras, aparecía tumbado hacia adelante, oprimiendo las patas traseras de los cabállos. El cochero había salido a demandar auxilio. El papá de Enrique se apresuró a prodigar auxilios a los viajeros. Mas, ¿qué podía hacer con la compañía de un niño? Pero éste, sin dar tiempo a que se opusiera su padre, partió ligero como una exhalación a su castillo. Una hora después volvía con los criados, caballos, parihuelas y material de socorro, conduciéndose cuidadosamente al herido, al cual dió generosa hospitalidad, como a sus nietas, el papá de Enrique.

Quince días después los viajeros regresaban ya curados a Londres, prodigando besos y bendiciones al niño, a quien tuvieron siempre como el héroe de la jornada. Desde entonces, contento y satisfecho, el diminuto jinete hizo todos los años su viaje a la capital inglesa a saludar a sus nuevos amigos.

EL SUEÑO DE LOS NIÑOS

Duermen María y Pepito como benditos, en camas con colgaduras transparentes e iluminada la estancia tenuamente por una bombilla esmerilada. Por la habitación están diseminados los juguetes de los dos hermanos, esperando que el nuevo día no será, seguramente,



para ellos, ni mejor ni peor que el anterior.

Pepito y María se acostaron con la cabeza llena de graves preocupaciones.

Y, claro es, soñaron.

¡Oh, su sueño fué bien original!

A las doce de la noche, *Leal*, un perro de cartón y lana, gruñó dentro de su caseta, como diciendo que aquella era la hora de los aque-larres y del gato negro; la muñeca, que había perdido ya las manos y los pies, se incorporó y bailó bota-do como una pe-lota; el grumete se vistió apresuradamen-te su pantalón de

cuadros; *Turco*, otro perro de lana y cartón, se sentó sobre su cuarto trasero ensa-yando un solo de ¡guaus! ensordecedor; la aldeana suiza surgió resuelta-mente de su cajita llevando la cestilla en la mano, y los pulchi-nelas se esforzaban en vano por salir de su encierro, sobre el que se removía algo pesado que los



aplastaba. Y luego, todos los personajes de cartón, trapos, pintura y bisutería armaron tal zarabanda, un ruido tan infernal, que María y Pepito despertaron sobresaltados.

En realidad, tenían motivos para despertar, porque la zarabanda la bailaron los monigotes por el fenomenal triquitraque armado por *Alino*, el gracioso perrito de la casa, el cual, viéndose dueño y señor de aquel bazar de muñecos cojitrancos y desencuadrados, se despachó a su gusto.

—Cref que ya era la hora del chocolate — refunfuñó Pepito dando vuelta de costado

e intentando en vano abrir los ojos.

—Sí, sí, el chocolate con bollos y mantequilla — añadió María, sentándose en la cama, frotándose los ojos y lanzando un ruidoso y prolongado bostezo.

Pero, vencida por el sueño, dió media docena de cómicas cabezadas y acabó por acostarse nuevamente, cayendo su cabeza sobre la almohada con la pesadez del plomo.

Alino, temeroso de las

desagradables consecuencias que podría tener para él el haber despertado a los niños, se ocultó prudentemente detrás de la caja de los pulchinelas, y murmuró por lo bajo:

—¡Ya se conoce que Pepito y María sueñan en gravísimos asuntos de Estado!





ZENÓN EL GAITERO

¿Queréis que os cuente la alegre historia
De aquel gaitero tan popular,
Que dejó eterna, grata memoria
A los mozuelos de mi lugar?

Era el gaitero un buen vejete
De pelo blanco y rosada faz,
Que errante siempre, siempre alegrete,
La gaita nunca dejaba en paz.

Mañana y tarde, a todas horas,
Soplando fuerte, con gran pasión,
Lanzaba al aire graves, sonoras,
Las dulces notas de una canción.

Si allá en la escuela, el instrumento
Se percibía del buen Zenón,

Todos los chicos en un momento
Armaban una revolución.

No había fiesta, bautizo y boda
Sin que tocara el gran Zenón,
Al que seguía, ruidosa, toda
La gente joven en procesión.

¡Dulce recuerdo de aquellos días
Que hizo dichosos el tocador!
¡Cómo se han ido las alegrías
De aquel período encantador!

¡Cuando se fija mi pensamiento
En la figura del buen Zenón,
Una oleada de sentimiento
Inunda todo mi corazón!

¡QUÉ GRAN CAMBIO!

Yo, amiguitas mías, he tenido el feo vicio de ser indiscreta y curiosota, muy al contrario de mi tía Dolores, viuda de un magistrado, a cuya preciosa quinta del pueblo de Villatiesta me llevaban mis papás todos los veranos. Mi tía era la persona más buena y reservada del mundo; tan buena, que sentía como propias las desgracias ajenas, que al instante remediaba; tan discreta, que nunca salió de sus labios una palabra más que las precisas.

Ya he dicho que yo era tan curiosota como mi tía discreta. Y la pícara curiosidad me tuvo preocupada unos días cuando mi tía nos anunció a mi don-

cella y a mí que vendrían pronto dos niñas huérfanas de un pariente lejano, a las cuales iba a prohijar para cuidar de su educación y de su porvenir.

Requerí a la doncella con infinidad de preguntas. ¿Cómo se llamaban las niñas? ¿Eran ricas o pobres, feas o bonitas, grandes o pequeñas? ¿Por qué venían? ¿Por qué se marchaban de su pueblo? ¿Sabían poco o mucho? A este aluvión de interrogaciones la doncella sólo me contestó diciendo que mi tía había enviado dinero, pero no sabía para qué. Y yo, que, además de curiosa, era también un poco orgullosa, quise deducir principalmente si eran pobres o ricas.

Llegó el día en que la doncella y yo, con retratos de las niñas para que nos fuese fácil reconocerlas, fuimos a la estación próxima



a buscarlas. Efectivamente, las reconocimos, abrazamos y condujimos al pueblo. Yo noté que, al penetrar en la quinta las dos niñas, quedaron admiradas de la magnificencia del edificio. Luego, cuando penetraron en el comedor y quedaron allí solas por unos minutos, las vi dirigir ávidas miradas a los platos succulentos colocados en la mesa. Quedé escondida tras unas cortinas, satisfecha de haber adivinado algo, deduciéndolo de sus gestos y miradas.

Mientras yo murmuraba, creyendo que nadie me oiría: «Son pobres y traen hambre de muchos días», las dos huérfanas, creyéndose también solas, se miraron un instante, juntaron sus manecitas en actitud de llorar y, arrodillándose, exclamaron:

— ¡Qué gran cambio! ¡Dios mío! ¡Colma de bendiciones a esta buena señora que nos saca de la miseria y viene a ocupar en la tierra el puesto que abandonó nuestra mamá cuando subió al Cielo!

— ¡Sí, sí, eran pobres! — murmuré yo tratando de retirarme sigilosamente; pero no contaba con que mi tía me había sorprendido. Aun no he olvidado la severidad con que me miró y la gravedad con que pronunció estas palabras:

— Esta vez la curiosidad te ha sido útil, porque te ha enseñado que hay niñas buenas y agradecidas.

¿Quieren ustedes creer, amiguitas, que desde entonces quedé curada de curioseos y de indiscreciones? Yo también digo ahora por mí: « ¡Qué gran cambio! »



LAS MUÑECAS DE MERCEDES

La niña Mercedes siente una pasión loca por sus dos muñecas, a las que ha puesto los rimbombantes títulos de Princesa de la Blanca Cofia y Marquesa de Pelo-Rubio.

Mercedes ha inventado un lenguaje monosilábico muy extraño para entenderse con la Princesa y la Marquesa, las cuales, como deben ustedes suponer, son sordas de remate y dan la callada por respuesta. Pero esto no desanima a Merceditas; al contrario, cuanto más los preciosos muñecos de biscuit se obstinan en callar, más charla ella en su lenguaje inventado, alternando con frases pintorescas en claro castellano.

—Señoras mías — las dice—, cuidadito con caerse; las señoras muñecas no resisten un coscorrón; todavía no he visto una muñeca con chichones, pero he visto muchas a las cuales se les ha roto la linda cabecita en cien pedazos. Conque... ojo y no moverse.

La Princesa y la Marquesa, ¡claro está!, no se mueven ni se sabe que hayan tenido intención de moverse nunca. Mercedes interpreta esa inmovilidad como una respetuosa obediencia y, loca de contenta, las besa y las abraza con gran apasionamiento.

—Ya verán ustedes cómo las premio por su obediencia. Son ustedes muy bonitas y muy buenas, tienen la cara coloradita y los ojos azules, y esto me agrada mucho.

Y, apelando a su lenguaje inventado, añade:

—¿Trun gran bin ton sen plon cras?... ¿Ruch? ¿Tris pra clin mon?

Aguarda unos momentos la contestación, que no le dan, pero Mercedes la da por recibida y se aleja corriendo a la cocina diciendo:

—Sí, sí, han dicho que quieren, y me alegro, porque esto les servirá de premio.

Unos instantes después aparece con dos tazas y una tetera y sirve a las dos muñecas; pero, como éstas permanecen inmóviles como estacas, Mercedes aproxima las tazas a los labios diminutos de aquéllas; se vierte el te y pone perdidos los lujosos trajes de la Princesa y de la Marquesa, como igualmente el rico mantel de la mesa. La niña no se asusta ni desanima; por el contrario, dice con calma soberana:

—Es que no me han entendido; inventaré otro lenguaje.

EL PAJARITO

La verdad es que el tiempo no se prestaba mucho a dar un paseo por el campo, cubierto de una inmensa capa de nieve.

Pero don Bruno, su señora doña Tecla y el buen Nicolasito, su hijo, tuvieron necesidad de acudir a la estación para saludar al paso del tren a unos parientes, y, desafiando valientemente las crudezas de aquella mañana de invierno, acorazados con abrigos que dicen al frío: *no te tengo miedo*, salvaron sin novedad el kilómetro y medio que hay entre la estación y el pueblo, y cumplieron lo que ellos entendían un deber.

A su regreso, cuando cruzaban un puentecillo de tablas levantado sobre una acequia, Nicolás vió algo que le pareció extraño al pie de una de las estacas que sostenían las mal unidas tablas.

E inclinándose vió que el objeto extraño no era otra cosa que un pajarillo yerto, inmóvil, casi rígido y en apariencia muerto. Lo recogió y, mostrándoselo a su papá, preguntó a éste qué pájaro era aquel que acababa de recoger.

—Es un pobre gorrión, yerto de frío, que afortunadamente no ha muerto — contestó don Bruno—. Y si te parece, Nicolasito, lo guardaré en mi bolsillo y pronto tendrás un amigo, porque el gorrión es casi el más sociable de los pajaritos.

Por fortuna, el pajarillo no estaba muerto. Llegados a casa, encendióse buen fuego en la chimenea y con el calorcillo el gorrión se reanimó. Loco de contento, Nicolasito atiborró al animal de pan y golosinas. El pobrecillo, además de ser glotón por naturaleza, tenía hambre tan atrasada, que devoró cuanto el niño le ofrecía en la palma de su mano.

Era Nicolás muchacho de buenos sentimientos, y, aunque poseía los pájaros más hermosos de todas las especies, no por eso dejó de cuidar todo el invierno del pobre pajarillo. Cuando llegó la primavera y comenzó a sentirse el alegre piar de los pajaritos, Nicolás abrió de par en par las ventanas y dió libertad al huésped alado.

Nicolasito aprendió entonces lo que ustedes van a saber ahora, esto es, que los gorriones son agradecidos. ¡Con cuánto asombro vió que desde aquel día su gorrioncito posábase todas las mañanas en los alféizares de las ventanas, primero acompañado de dos o tres glotones y luego de quince o veinte! Los pobres pajaritos entonaban seguramente un himno de gratitud al caritativo y bondadoso Nicolasito.

CON GOLOSINAS Y JUGUETES

El coronel San Lázaro murió dejando en el mundo a su viuda doña Concha y a su hijo Ricardo, de nueve años. Poco después de la muerte de su padre, el niño Ricardo se tornó el muchacho más irascible, violento, huraño, sombrío y taciturno que se ha conocido en la tierra. Doña Concha veía acongojada este cambio; la servidumbre vacilaba entre marcharse o quedarse para consuelo de la buena señora.

Un día la Providencia llamó en casa de doña Concha. La señorita Amelia, bella, dulce, de gran talento, se hospedaba en la suntuosa morada de la viuda del coronel. Y fué Amelia la que emprendió la santa obra de modificar el carácter de Ricardo. Para estimularle le prometió que, si se portaba bien en lo sucesivo, le compraría un lindo burrito, con el cual podría dar grandes paseos por la playa. Algunos meses después, era un muchacho alegre como unas castañuelas, charlatán y revoltoso, pero muy aplicado.

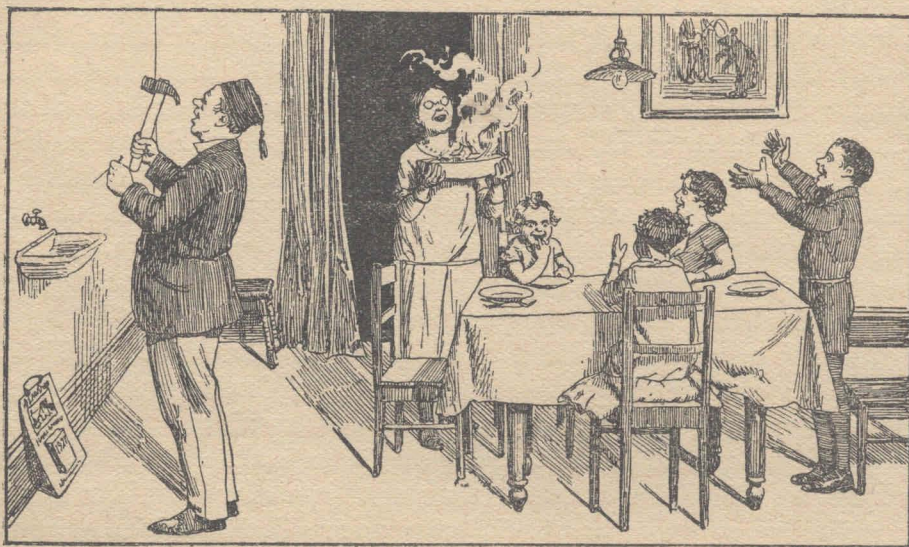
Amelia cumplió su palabra, y le compró un burro dócil, gordinflón y orejudo que Ricardo montaba alegremente, dando grandes paseos por la playa y siendo la admiración de todos los niños.

Cuando las visitas de la casa se dieron cuenta de tal cambio, requerían a la linda Amelia para que dijese cómo había realizado aquel milagro, y ésta respondía sonriendo: «Con golosinas y juguetes». Però doña Concha movía la cabeza y replicaba: «No, señores, no; es que Dios envió a mi hijo su ángel de la guarda y este ángel es Amelia».

¡SE AGUÓ LA FIESTA!

Don Crisanto y doña Cristeta se disponen a celebrar la Nochebuena en compañía de sus cuatro vástagos, que, relamiéndose de gusto, dirigen ávidas miradas a una fuente como un barreño repleta de ricas tajadas de besugo.

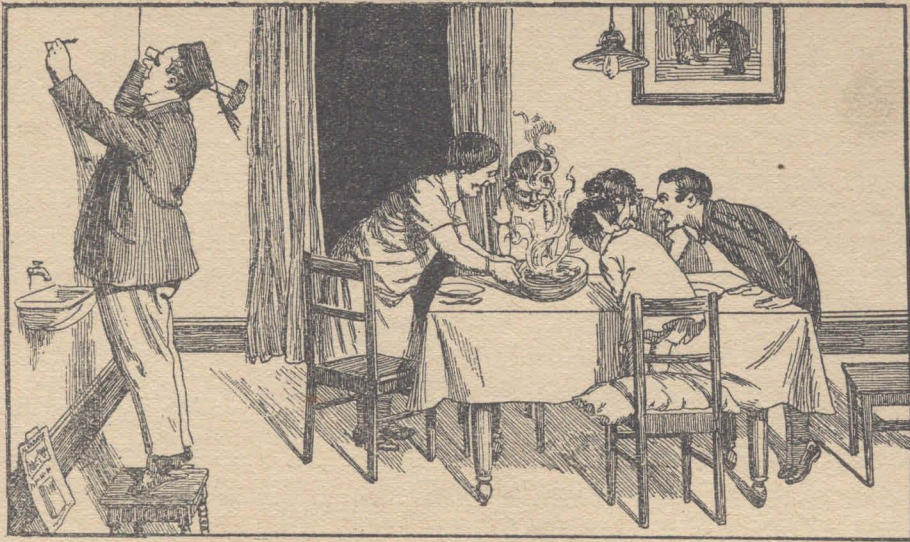
Poco antes quiere don Crisanto colocar en la pared, por encima



del lavabo, un calendario que le han regalado. El clavo es largo, el martillo pesado, los puños de don Crisanto son de primera clase y el punto escogido para que penetre el clavo corresponde precisamente a la gruesa cañería de la casa.

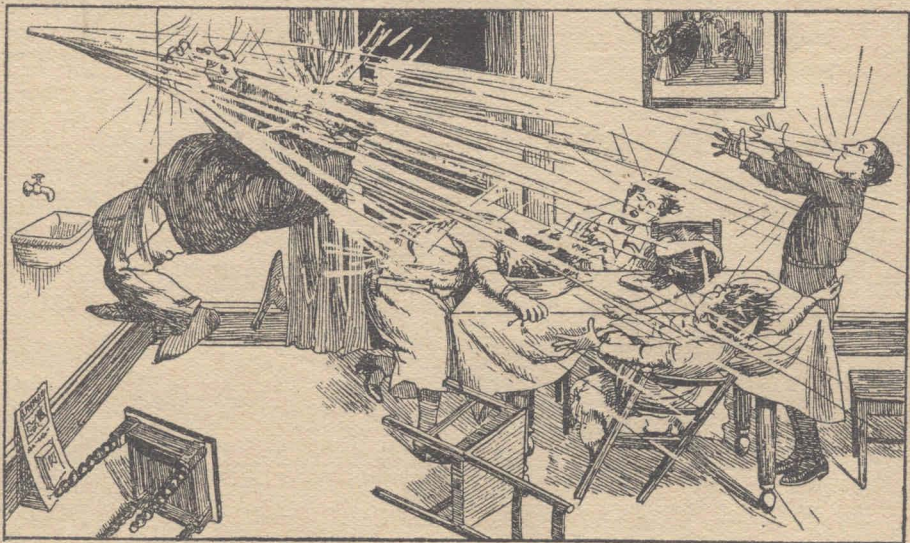
—Ya voy, Cristeta—dice don Crisanto subido en una banqueta—, ¡a la una!... ¡a las dos!... y a las...

Al tercer martillazo el clavo es rechazado violentamente y por el agujero practicado sale con fuerza y con gran estruendo un



enorme chorro de agua que hace dar una vuelta al desavisado don Crisanto y que pone en remojo, no sólo las doradas tajadas del besugo, sino a la madre y a los cuatro muchachos que huyen como alma que lleva el diablo.

— ¡Se aguó la fiesta! — exclama doña Cristeta, mientras los muchachos gimotean y el bueno de don Crisanto ríe a mandíbula batiendo por lo chusco de la ocurrencia.



ISABEL PATINA

Cuando Isabel se levantó de la cama, dióse prisa en limpiar los empañados cristales de la ventana de su cuartito para contemplar un espectáculo soberbio. Durante la noche había caído una copiosísima nevada, cubriendo de blanca alfombra las calles, los aleros de los tejados, el campo y festonando con blancas líneas las ramas de los árboles, las aristas salientes de las casas, todos los rebordes de las fuentes, bancos, carros y chimeneas.

—¡Qué frío hace, mamá! — exclamó Isabel—. Hoy no iré a la escuela, ¿eh?

—¿Por qué no?—contestó la mamá poniéndose muy seria—. Haga frío o calor, el trabajo es una ley y una obligación. Mira, también las semillas trabajan bajo ese manto de nieve.

Isabel, avergonzada por la lección, púsose el sombrero y el abrigo y salió decidida a la calle.

Un viento glacial había endurecido la nieve, dejándola tersa y haciendo peligroso el tránsito por las calles.

A los pocos pasos oyó la voz de su amiga Violeta que la llamaba. Entonces vió a varias compañeras que se deslizaban sobre el hielo, que hacían pelotas de nieve y se las arrojaban y daban resbalones y sufrían tumbos, armando gran algazara.

—Dame tu mano, Isabel, y te enseñaré a entrar en calor — dijo Violeta—. Y uniendo la acción a la palabra, entró con Isabel en el holgorio de las compañeras. Minutos después, todas llegaban a la escuela, rojas como la grana, sin sentir ya el frío que entumece a los perezosos, apocados y holgazanes.

Al terminar las clases, Isabel, Violeta y sus amigas reanudaron su higiénico juego, patinando formadas en línea, gritando, arrojándose pellas de nieve, alborozadas y bullangueras como una bandada de gorriones. Isabel, sobre todo, mostraba un ardor infatigable en su ejercicio de patinación. Cuando regresó a su casa, jadeante, con los encendidos colores de la amapola en las mejillas y la mirada brillante, su mamá, sorprendida y satisfecha, la dijo:

—¿Ves? El cumplimiento de tu deber ha dado alegría a tu alma, y el ejercicio sobre la nieve ha dado a tu cuerpo salud, color y energía.

Madre e hija se confundieron en un abrazo y en la estancia resonó una fuerte y prolongada salva de besos.

LA AVENTURA DE ANGELITA

En toda la ciudad llama la atención de las gentes el amor sin límites que el teniente de marina Jacobo y su esposa Cecilia profesan a su sobrina Angelita. Ese amor exagerado nació del arrepentimiento de una imprudencia cometida por Cecilia, y que pudo ser fatal a la inocente Angelita.

A la vista del puerto se hallaba el acorazado *Rayo*. Cecilia quiso pasar a bordo para visitar a su prometido Jacobo, y, no atreviéndose a llevar consigo a Angelita, dejó a ésta en la playa acompañada de su perro *León*, previniéndola no cometiese ninguna imprudencia y aguardara paciente el regreso.

Angelita, siempre acompañada de su perro *León*, se descalzó y empezó a corretear sobre la arena. Pronto vinieron dos perros más, que quisieron arrebatar a *León* una cuerda que éste no soltaba a pesar de los fuertes tirones de los dos foxterrier.

En esta lucha, que presenciaba embelesada Angelita, fueron aproximándose a la orilla del mar. La marea iba subiendo; y cuando regresaron Jacobo y Cecilia, el mar se había encrespado bastante, levantándose fuerte oleaje. La niña vió ya muy cerca el bote que conducía a Jacobo y a su tía, y, movida de gozo, comenzó a agitar su pañuelo. *León* se asoció a las demostraciones de alegría de la niña y, apoyando en ésta sus gruesas patazas, la hizo perder el equilibrio. Angelita cayó al mar y fué un milagro que Juan, el marino, la extrajese de las aguas con vida. La angustia de Cecilia a la vista del terrible accidente, fué tan grande, que aun le dura el sobresalto y apenas sostiene conversación que no le sirva para decir a quien quiere oírla: «No cometan ustedes imprudencias; pocas veces se tiene la fortuna de salir bien de ellas y casi siempre los arrepentimientos que provocan son tardíos».

LA NUEVA NODRIZA

—Ya que tu papá no necesita hoy su automóvil, yo lo utilizaré para hacer unas cuantas visitas. ¿Querrás venir conmigo, Pepito, a ver un hermoso nene que han traído a doña Leonor?

—Sí, mamá, con mucho gusto — contestó Pepito palmoteando con gran alegría—. Yo tenía verdaderos deseos de ver cómo es el angelito que han traído a esa señora.

Minutos después el automóvil atravesaba rapidísimo las calles de la ciudad y llegaba a una gran quinta, a través de cuyas verjas vieron Pepito y su mamá a doña Leonor que daba a sus jardineros algunas órdenes para la siembra de unas cebollas de jacintos y de tulipanes.

Después de besarse la mamá de Pepito y doña Leonor, ésta dijo a la primera:

—Mientras concluyo de dar algunas órdenes a los jardineros, pueden ustedes subir a mi gabinete y allí verá Pepito al bebé y a la nueva nodriza. Yo acudiré en seguida.

Pepito y su mamá penetraron en la quinta, siendo conducidos a una elegantísima habitación por una de cuyas puertas apareció a los pocos instantes un gallardo capitán de artillería, canturreando un vals muy en boga entonces y balanceando en sus brazos a un recién nacido envuelto en riquísimos pañales.

—¡Hola! ¿El capitán señor Fernández es la nodriza del bebé?— exclamó Pepito retratándose el asombro en su semblante—. Yo no sabía que hay nodrizas con bigote—añadió prorrumpiendo en estrepitosas carcajadas, mientras la mamá sonreía benévolamente y alargaba su mano al militar, suplicándole perdón por la ingenua impertinencia de Pepito.

Este reía a más y mejor, lo cual no le impidió acercarse gozoso al nene y estampar dos ruidosos besos en sus frescas mejillas.

El gallardo capitán, haciendo coro a la risa franca del niño, dijo a éste:

—No te asombres, Pepito; también un soldado puede hacer de mamá, porque tiene corazón de padre y quiere mucho a los niños. Pero no soy nodriza. Ya lo verás.

Y, tocando un timbre, dió orden de presentarse a la nodriza Juana, robusta muchacha que agradó no poco a Pepito

LA BELLA VIOLINISTA

De norte a sur y desde la frontera de Rusia hasta la de Francia, no hay en toda Alemania quien no conozca o no haya oído hablar de la gentil, de la bellísima, de la encantadora Greschen, la violinista.

Es huérfana. Tal vez pudiera vivir ricamente en un gran palacio, porque algunas ricas señoras han querido prohiarla; pero ella quiere vivir libre como los pájaros, errante por el mundo, en plena Naturaleza, bien segura de que por todas partes le acompañan la bendición de los pobres, el respeto de las gentes y el encanto y la admiración de todos los chiquillos.

¿No es verdad que he picado la curiosidad de ustedes, amigos del «sábelo todo»? ¿Qué hace Greschen para que todos la quieran tanto? Cuando el señor Sol asoma sus narices por la línea de los oteros, de las altas montañas o sobre la mancha negra de los bosques o por el horizonte de la llanura, Greschen está ya en pie, con el violín bajo el brazo y dispuesta a sumar los delicados acentos de las cuerdas de su instrumento al concierto de píos con que los pajarillos saludan la alborada. Toma en sus brazos a *Lindo*, un perrito blanco y negro que es una monada, y *Marquesa*, madre del perrito, no menos linda, sigue fielmente a su joven amita de quince años. Después, Greschen se encamina al pueblo más próximo y, sea éste grande o pequeño, a la media hora ya está la muchacha rodeada de unos cuantos cientos de personas, pues los niños del lugar hacen de voceros gritando a pulmón pleno por las calles:

— ¡Ha venido Greschen, la violinista; va a tocar el violín!

Más hermosa con su encantadora sonrisa, Greschen impone el silencio con una sola mirada y comienza su ejecución en el violín, una ejecución divina que imita todos los rumores de la Naturaleza, el susurrar del viento por entre el ramaje de los árboles, la tempestad deshecha, el piar de los pajarillos, el salto de las cascadas, los gritos humanos de dolor y de alegría. Cuando termina, suena un clamoreo de hurras, los aplausos se suceden en tableteo formidable y sobre el rojo pañuelo que Greschen se ha quitado del cuello para extenderlo en el suelo, cae una lluvia de monedas.

— ¿Greschen será rica? — preguntarán ustedes. Pues no, señor. He aquí por qué adoran todos a Greschen: cuando acaba su concierto, sale del pueblo, vaga por bosques y praderas, donde la esperan muchos pobres, y al ocaso del Sol retorna al pueblo sin una moneda.

Greschen es la Caridad encarnada en una niña.

EL RETRATO DE MARGARITA

Lo que no se les ocurre a los muchachos no se le ocurre al mismísimo demonio, el cual, según ustedes no ignoran, tiene ocurrencias endiabladas. Yo puedo asegurarles que nunca ha tenido ideas buenas.

Pues bien, Margarita no era de la piel del diablo, pero se le ocurrían unas cosas... Su hermano Felipe tenía una máquina fotográfica que le regalaron sus papás, y el chico se aplicó tanto que consiguió obtener fotografías de rechupete, esto es, muy buenas. Y he aquí que un día se le pone a Margarita entre ceja y ceja poseer un retrato de su preciosísima persona, hecho por su hermano.

Felipe, como es natural, se dispuso a complacer a su hermana, pero a ésta le dió el peine por retratarse con su inseparable *Tom*, un perro lanudo muy bueno, pero más feo que el demonio. Felipe objetó que *Tom* era feo y Margarita replicó que le pondría guapo.

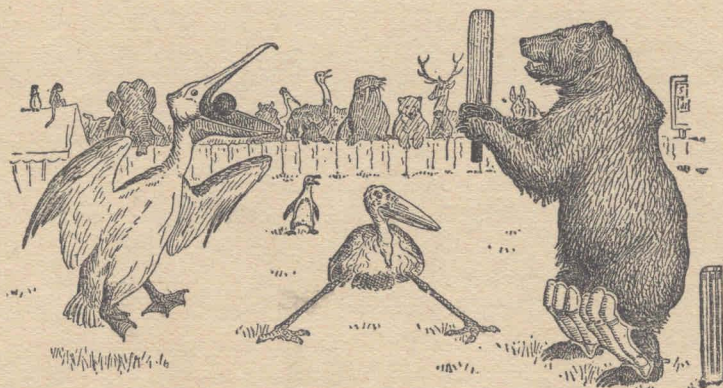
La niña pensó, por fin, que una de sus blusitas le vendría a *Tom* de perlas y que con la más elegante de las cofias de su muñeca estaría el lanudo can como las propias rosas. *Tom* protestó gruñendo y comprendiendo que con tal indumentaria su dignidad perruna iría por los suelos. En efecto, el primero en reír estrepitosamente fué Felipe, risa que hizo a *Tom* fruncir su nariz y poner la cara de pocos amigos con que salió en el retrato, muy bien hecho, pero tan grotesco con su tacha de cocinero que a estas horas el pobrete no se ha consolado de que la curiosa tarjeta se guarde para regocijo de todas las visitas de la casa.



PELOTAZO FATAL

Queriendo al hombre imitar
 Unos cuantos animales,
 Dispusieron celebrar
 En un lejano lugar
 Festejos originales.

Muchas fiestas celebraron,
 Todas a cual más lucida
 Y todas ellas gustaron;
 Por remate celebraron
 De *lawn-tennis* gran partida.



Allí sus galas lucieron
 Tres pelícanos y un oso;
 Mil aplausos obtuvieron
 Y las delicias hicieron
 Del concurso numeroso.

Mas la fiesta acabó mal;
 Soltó el oso un estacazo
 Con ímpetu sin igual,
 Que a un pelícano colosal
 Mató de un gran pelotazo.

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
La reina de las flores.	5
Cómo conocimos al árabe.	6
Cirilo el desobediente.	7
La sorpresa de Antoñita.	8
La cabrita «Perla».	9
Donde las dan, las toman.	10
¡No dispares, papá!	12
Premio a la bondad.	14
Las excusas de Alfredo.	15
Dos cartas.	16
La buenaventura.	18
La caritativa Julia.	20
El accidente.	21
El sueño de los niños.	22
Zenón el gaitero.	24
¡Qué gran cambio!	25
Las muñecas de Mercedes.	27
El pajarito.	28
Con golosinas y juguetes.	29
¡Se aguló la fiesta!	30
Isabel patina.	32
La aventura de Angelita.	33
La nueva nodriza.	34
La bella violinista.	35
El retrato de Margarita.	36
Pelotazo fatal.	37

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leedme.
Episodios de animales.

Los hijos del héroe.
El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusó.

Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.
Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuento de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de los enanos.
Gulliver en el país de los gigantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El premio y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícaro vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.º)
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millones de la Begún.
65. De la tierra a la luna.
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. Una invernada entre los hielos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.